

# LA MÁS GRANDE SOCIEDAD SECRETA

Al igual que tantas otras cosas muy visibles, la peculiar pirámide truncada y coronada por el ojo radiante, así como las leyendas latinas que la rodean, hace del dólar la moneda más emblemática de los últimos siglos, que en una cara nos muestra el retrato de George Washington, que da nombre a la capital del nuevo cesarismo mundial. Detrás, como agazapado al dorso del billete, éste curioso y poco conocido símbolo se empareja discretamente con el águila imperial del escudo de los EE.UU., coloquialmente conocido como “el pavo”. Muy pocos saben qué es lo que muestra y oculta a la vez.

Retrocedamos hasta el 1º de Mayo de 1776. En esta fecha del siglo XVIII, el jesuita judeo-alemán Adam Weshaupt funda la cúpula de la logia masónica definida como luciferina, de los “Iluminados”, con el objetivo expreso de abolir el cristianismo y establecer “el nuevo Orden Mundial” a través de la anarquía y siguiendo el largo y paciente camino que inician quienes son capaces de diseñar proyectos para la Historia, conscientes de que su propio tiempo es secundario, puesto que se requieren generaciones para alcanzar la meta. Sus planes adquirirían viabilidad haciéndose con el poder absoluto de la Masonería mundial. Para los “Iluminados” los objetivos del Nuevo Orden Mundial se pueden resumir en la unidad absoluta a la que tiende la globalización.

El símbolo que adorna el dorso del billete de un dólar, es, precisamente, el sello de la Orden de los Iluminados.

En el emblema se observa nítidamente el año 1776 grabado con números romanos en la base de la pirámide, como conmemoración de la fecha fundacional de la orden masónica a la que identifica. La filiación satánica se subraya por el hecho de que la fundación tuvo lugar al día siguiente de la noche de Walpurgis.

La incredulidad o el asombro que se puede sentir ante la innegable presencia del sello de los Iluminados en el billete norteamericano, sólo se justifica en quienes no sepan que George Washington fue un miembro relevante de esta Orden, como también lo fueron Benjamín Franklin, John Adams, Thomas Jefferson, Roosevelt, y, según se afirma en fuentes consultadas, Ronald Reagan y los dos George Bush, padre e hijo, entre otros representativos nombre de la Historia de los EE.UU. No menos significativa es la vinculación con los Iluminados que se atribuye a familias poderosas como los Rockefeller y, con mayor importancia, los Rothschild. Ascendiendo en el orden del poder efectivo, se sitúa a los Bilderberger o Grupo Bilderberg, un club de elite formado en mayo de 1954 e integrado por 500 hombres de las organizaciones más ricas, poderosas e influyentes del mundo, que comparten el objetivo de instaurar el “Nuevo Orden Mundial”, cuyo lema se inscribe expresa y claramente en el sello de los Iluminados (Novus Ordo Seclorum - Nuevo Orden Secular).

El 1º de Agosto de 1972, John Todd Collins, entonces Gran Druida del Consejo Iluminado de los 13, recibió a través de la Embajada de Inglaterra, unas cartas selladas, escritas por Guy Rothschild, que contenían la siguiente información:

“Hemos encontrado a una persona quien creemos que es el hijo de Lucifer. Creemos que con sus poderes y nuestro dinero, podemos por fin llevar a cabo nuestros planes.”

Esa misma noche se producía el apagón neoyorquino por parte de Philip von Rothschild. Fuentes consultadas afirman que estos hechos se han sabido gracias a la posterior conversión al cristianismo de Todd, lo que motivó que facilitase esta información secreta. De otro modo, el hermetismo de la organización hubiese hecho imposible su conocimiento y divulgación.

“Quien tenga ojos que vea y quien tenga oídos que escuche.” Esta sentencia del Nuevo Testamento remite a la obligación que todo ser humano tiene de tomar conciencia de cuanto le rodea, sacudiéndose la molicies que lastra el mero y pasivo espectador irreflexivo, sujeto paciente de los verbos que otros conjugan.

“No cuestiono el papel de la democracia. Lo que sí cuestiono es la caricatura de democracia en que vivimos, con un poder político sumiso al poder económico o simplemente su cómplice, mientras el ciudadano cumple resignadamente su papel de elector . . . ¿Para qué engañarse? Vivimos en una democracia secuestrada por el poder económico.” (*José Saramago*).

La comprensión del lenguaje de los símbolos - como la de cualquier otro código de comunicación - requiere, al menos, un cierto conocimiento iniciático de las claves perdidas u ocultas que sólo unos pocos llegan a dominar. El primer paso fundamental para acceder a dicha comprensión, es liberar la mente de la carga de prejuicios culturales acumulados a través de la educación impuesta. Este es el caso de la relatividad de los conceptos del Bien y del Mal, como referentes cargados de contenido teológico y, por ello, esgrimidos en todas las confrontaciones de la historia de la Humanidad, en la que los bandos en conflicto siempre enarbolan la bandera de la posesión del Bien, lo que utilizan como justificación de su lucha frente al otro colectivo que, también siempre, se dice representa el Mal. Ejemplos recientes, muy ilustrativos y relacionados con el tema aquí tratado, los constituyen los discursos recurrentes, difundidos en los medios de comunicación, de los dos presidentes Bush, padre e hijo, al apelar a la protección de Dios para imponer su “Nuevo Orden Mundial” (casualmente el mismo lema del dorso del dólar), contra líderes como Ben Laden o Saddam Hussein que también se revisten de teología a su favor para respaldar sus actitudes y decisiones. El derrocado dictador iraquí empleó reiteradamente, en sus mensajes televisados durante la Guerra del Golfo, los términos “Satán” y “fuerzas satánicas” para referirse respectivamente al presidente de los EE.UU., George Bush padre, y al ejército de los aliados que derrotó a sus tropas y le hizo abandonar el invadido emirato kuwaití. ¿Lo utilizaba como mero eufemismo propagandístico o estaba convencido de lo que decía? Sea como fuere, hay que fijar la

atención en el hecho de que la insignia diseñada por Adam Weishaupt para la Orden de los Iluminados, fue adoptada por el Congreso de los EE.UU. en junio de 1782, a propuesta de John Adams y Thomas Jefferson, miembros ambos de la “Secta Benjamín Franklin”. Desde 1933, aparece impreso y se difunde oficialmente en el reverso de los billetes norteamericanos de un dólar, por orden del presidente Franklin Delano Rootsevelt.

Albert Pike nació en Boston el 29 de diciembre de 1809. Estudió en Harvard y sirvió como General de Brigada en el Ejército confederado. Alcanzó el grado 33º de la francmasonería en la Orden del Antiguo Rito Escocés Aceptado y desempeñó el rango de Comandante Magnífico de la Francmasonería norteamericana a partir de 1859, y se mantuvo en esa elevada posición hasta su muerte en 1891. Está recogida en su biografía que era un ferviente satanista que rendía culto a Lucifer como “Señor de la Luz” y se comunicaba con él. Leyenda o realidad, en su célebre tratado masónico “Moral y Dogma del Antiguo y Aceptado Ritual de la Francmasonería “, reconoce a Lucifer como “el instrumento de la Libertad y la voluntad libre”. Con ello retoma el mensaje del antiquísimo dios de la Luz, identificado como portador del Conocimiento, la Luz y la iniciación y como oferente de la Libertad e Igualdad. Pike trabajó estrechamente con el revolucionario italiano -fundador de la Mafía- Giuseppe Mazzini, quien también ostentaba el grado masónico 33º y lideraba a los Iluminados desde 1834. Junto con Mazzini y otros dos importantes maestros masones -Lord Henry Palmerston, en Inglaterra, y Otto Von Bismark, en Alemania- Pike se propuso crear una gran plataforma satánica que reuniría a todos los altos grados de los diferentes grupos masónicos. Con ello, se retomaba el objetivo luciferino de liderazgo mundialista perseguido por el fundador Adam Weishaupt.

Otro dato imprescindible para una correcta lectura de cuanto aquí se expone, es la aceptación de que los términos “Lucifer” y “Satán”, así como los calificativos derivados, no tienen la misma significación valorativa en todos los contextos culturales. Si se pretende comprender - lo que no implica aceptar ni compartir - a quienes durante milenios han sido fieles a los postulados luciferinos, hay que entender previamente que, para muchos de ellos, Lucifer o “Portador de la Luz” no se corresponde con el arquetipo creado por la Iglesia Católica. Se le considera una deidad muy anterior al cristianismo y muy próxima a los hombres, a quienes ha enseñado el conocimiento de cuanto se precisa para ser la especie suprema y conseguir dominar el mundo. Recordemos el pasaje de la Biblia que recoge la propuesta formulada por Lucifer en el pasaje de la tentación de Cristo: “si me adorares tendrás el mundo a tus pies.”

Gabriel López de Rojas - Gran Maestre que posee todos los grados del Rito Escocés Antiguo y Aceptado y fundador en 1995, de la organización española paramasónica “Orden Iluminati”, insiste en no identificar al “dios de la Luz” o “Luz de la masonería” con Satanás, afirmando que esa identificación es producto del maniqueísmo de los Padres de la Iglesia Católica. Sin embargo, a este argumento responde el historiador Ricardo de la Cierva - autor de “La masonería invisible”-, oponiéndole una cita literal del

respetado y conocido Maestro Albert Pike. En su libro “Moral y Dogma del Antiguo y Aceptado Rito Escocés de la Francmasonería”, donde Pike dice textualmente: “Lucifer ¡el portador de la Luz! ¡Extraño y misterioso nombre, dado al Espíritu de las Tinieblas!

Decía Benjamín Disraeli, Primer Ministro británico en 1867 en su página 183 de su obra “Coningsby”, “El mundo está gobernado por personajes que no pueden ni imaginar aquellos cuyos ojos nos penetran entre los bastidores.” En ámbitos informados, se dice que en la biblioteca del Museo Británico se conserva una interesante correspondencia, compuesta por cartas cruzadas, en la segunda mitad del siglo XIX, entre Albert Pike y Giuseppe Mazzini, dos eminentes masones de su época, así como cualificados miembros de la cúpula de los Iluminados. Su contenido dista mucho de ser un simple intercambio de contactos personales entre amigos. En esas cartas se expone con todo detalle un plan, ambicioso y preciso, en que se diseñan, con más de cuarenta años de antelación, tres grandes guerras mundiales, como instrumentos al servicio de los objetivos finales de los Iluminados.

Ente los documentos citados, se encuentra una carta, fechada el 15 de Agosto de 1871 – copiada y publicada por William Guy Carr, oficial de la Inteligencia de la Armada Real canadiense -, en la que Pike comunica a Mazzini que la Primera Guerra Mundial debía ser provocada para que los Iluminados pudiesen derrocar el autárquico poder imperial de los Zares y convertir a Rusia en el más firme bastión del comunismo ateo. Para activar esta guerra – continúa el plan contenido en la carta -, los agentes de los Iluminados fomentarían las divergencias entre el Imperio Británico y el Germánico; asimismo se aprovecharía la confrontación entre el pangermanismo y el paneslavismo. Finalizada la guerra, se debía construir la sólida y expansiva estructura del comunismo para utilizarlo como herramienta de destrucción de otros gobiernos no ateos y para debilitar las religiones.

En los mismos documentos, se plantea que la semilla de la Segunda Guerra Mundial sería sembrada en el fértil terreno de la diferencia entre fascista y sionistas políticos, con el fin de que creciese el árbol de la guerra que destruiría el nazismo y reformaría el sionismo. El fruto final a cosechar sería el nacimiento y establecimiento del Estado soberano de Israel en Palestina, con el consenso y apoyo del mundo occidental. El plan establece que, durante la Segunda Guerra Mundial, se debía edificar una sólida Internacional Comunista con la robustez y consistencia suficientes para equipararse a todo el conjunto cristiano. Alcanzado este objetivo, habría que contenerla y mantenerla durante todo el tiempo necesario para llegar hasta el día en que se necesitase su empleo en el desarrollo del cataclismo social final.

Los objetivos finales de las dos primeras Guerras Mundiales habrían sido logrados como resultado de la rigurosa planificación y eficaz ejecución diseñadas con la precisión de un sofisticado mecanismo de relojería, hace más de 120 años.

Como muestra de esta planificación tenemos el satánico código de barras. El código de barras de cualquier producto que podamos adquirir en estos momentos, desde un paquete de cigarrillos hasta un libro o revista, está constituido por líneas verticales de diferentes grosores y en distintas distancias que representan dígitos de control, en clave de lenguaje binario. Se reparten en dos campos o conjuntos de dígitos, uno identifica el fabricante del producto y otro al producto mismo, siendo las “llaves” que dan paso a una ingente cantidad de información sobre ambos. En todo el conjunto de líneas, hay tres grupos formados por dos líneas iguales cada una, un poco más largas que el resto y que se sitúan al extremo derecha, al izquierdo y en el centro, separando y enmarcando a los dígitos que codifican al fabricante y al producto. Técnicamente son las barras “de guarda” que informan al escáner lector del ordenador de la programación precisa para interpretar adecuadamente ambas partes del conjunto del código de barras.

Cada uno de estos tres pares iguales de líneas equivale al número seis. Es decir, todos los códigos de barras del mundo incluyen el “número de la Bestia”, el 6 – 6 – 6.

La Historia reciente nos permite constatar cómo se han cumplido rigurosamente los diseños de las dos primeras Grandes Guerras, incluso con el período de la “Guerra Fría”, que algunos estudiosos han considerado la Tercera, mientras que parece más probable que haya constituido la herramienta más idónea para la contención y mantenimiento del poder del comunismo durante el tiempo que ha sido conveniente para el gran plan trazado por Pike. También he dejado dicho que Albert Pike escribió a Giuseppe Mazzini, el 15 de agosto de 1871, describiéndole detalladamente Tres Grandes Guerras Mundiales. Veamos que planteaba, en esa fecha, para la Tercera Guerra Mundial y, sobre todo, leámoslo desde la estremecedora posición mental de que no se trata de profecías, más o menos interpretables, sino de un verdadero y concreto plan estratégico y táctico a largo plazo que, cuando se formuló, debía ser ejecutado por parte de la organización internacional de los Iluminados, dedicando a ello el enorme poder de todos sus recursos.

Respecto a la Tercera Gran Guerra, Pike le expone a Mazzini, en la citada carta que se conserva en el Museo Británico, que deberá ser generada a partir de la exaltación de las diferencias promovidas por los agentes de los Iluminados entre el sionismo político y los dirigentes del mundo musulmán. La guerra se orientará de tal forma que el Islam y el Sionismo político del Estado de Israel se destruyan mutuamente. Entretanto, las otras naciones, divididas una vez más, se verán obligadas a entrar en la lucha y combatir hasta el extremo de agotar sus recursos físicos, mentales, espirituales y económicos . . . “Desataremos a los nihilistas y a los ateos y provocaremos un enorme cataclismo social que, en todo su horror, mostrará claramente a las naciones el efecto del ateísmo absoluto, origen del salvajismo y de los más sangrientos desórdenes . . .” Al final de la Tercera Guerra Mundial, quienes persiguen la completa dominación del mundo provocarán el mayor cataclismo social jamás conocido en la Historia, para exterminar simultáneamente al Cristianismo y al ateísmo y ofrecer a las multitudes desesperadas y desorientadas el faro de salvación de “la verdadera luz, a través de la manifestación universal de la doctrina pura de Lucifer.”

Por increíble que parezca, es inevitable identificar la programación comunicada por Pike en 1871 y que aquí se ha resumido, con la situación internacional que estamos viviendo desde la caída del muro de Berlín y el final de la “Guerra Fría.”

El control absoluto del poder mundial es una antigua ambición ocultamente perseguida por diversos grupos históricos. En épocas más recientes, los Iluminados hicieron, con la Revolución Francesa y con Napoleón, su primer intento de instauración de un gobierno mundial. Cabe citar que está completamente demostrada la contribución determinante de los masones Iluminados - con ayuda de la Inteligencia Británica - en la Revolución Francesa de 1789, cuyo grito popular, convertido en eslogan de la actual República fue el lema masónico: “Libertad, igualdad, fraternidad.”

Para los amantes de los símbolos, es también muy interesante que el apocalíptico y cabalístico número 666 es la base del código de barras diseñado por la organización iluminista y se ha generalizado por todo el mundo como un eficaz sistema de control que se extiende paulatinamente a todas las actividades comerciales y sociales. Con la aplicación de códigos binarios cuya clave es el 6-6-6, se identifican ya millones de documentos de identidad de la Seguridad Social, de tarjetas de crédito, de cuentas en entidades financieras, de servicios fiscales, de transacciones de valores, etc. Sus mecanismos y sistemas, homogéneos en todo el mundo occidental, permiten la remisión y almacenamiento de toda esa ingente cantidad de información codificada en un colosal centro informático que ocupa tres plantas de la sede de la Unión Europea en Bruselas. En el argot iluminista, este superordenador es conocido, anecdóticamente y simbólicamente, con el sobrenombre de La Bestia. Como complemento, ya es una realidad de la que se habla cada vez con más frecuencia, la posible implantación subcutánea de microchips de identificación en los seres humanos - tal como ya se hace con las mascotas domésticas - con diferentes argumentos de “conveniencia”. Nos hallamos, sin duda, en el umbral del exhaustivo control individual y social ejercido por el Gran Hermano que anticipó George Orwell en su inquietante obra futurista “1984”. También hallamos referencias considerables, como preludeo del retrato de una sociedad anestesiada en el “Mundo feliz” de Aldous Huxley. Sería muy interesante conocer las fuentes de influencia que estimularon la imaginación de ambos autores.

No es fácil saber quién mueve los hilos, porque resulta casi imposible llegar al final del otro extremo, a pesar de que hay varios indicios comprobados que podemos considerar casi de dominio público. Veamos algunos.

La Comisión Trilateral es una agrupación de personalidades del sector privado de las altas finanzas, del mundo de los macro negocios y de alta política internacional. Debe su nombre a su triple procedencia, ya que son originarios de Norteamérica, Europa Occidental y Japón y configuran la plataforma en la que se da cita la elite de las diferentes orientaciones masónicas. La Trilateral persigue el mismo objetivo que el Consejo para las Relaciones Exteriores, fundado por el banquero norteamericano Morgan, y conocido

también como el “Gobierno invisible” por la enorme influencia supranacional que ejerce. Este entramado secreto, unido a la información contenida en los escritos de Pike y Mazzini, podría explicar el poco conocido hecho histórico de que Karl Marx escribiera, durante su exilio londinense, sus obras “El Manifiesto Comunista” (1848) y “El Capital” (1867) por encargo de Nathan Rothschild, cuyo apellido curiosamente significa “escudo” o “protector de los rojos”. Los cheques con los que le pagó pueden verse en el Museo Británico.

El 1º de agosto de 1972, después de celebrar el Aquelarre del Sabbath, Philip von Rothschild anunció ante el “Consejo de los 13” compuesto por igual número de Grandes Druidas Iluminados, en el Casino Building de San Antonio (Texas) la planificación de la historia a partir de 1980. Las indicaciones fueron muy concretas: “Cuando veáis apagarse las luces de Nueva York, sabréis que nuestro objetivo se ha conseguido.”

El 14 de agosto de 2003, se produjo un monumental apagón en Nueva York que mantuvo sin luz a nueve estados de EE.UU. y una provincia de Canadá, afectando alrededor de 20 millones de personas. El presidente Bush y el alcalde de Nueva York, Michael Bloomberg, aseguraron que no se trataba de un acto terrorista, pero no se facilitó una explicación satisfactoria de tan extraño suceso. Después, arreglado el problema . . . ¿a quién le preocupa las causas?

Puede suponerse un atrevimiento de la fantasía más desbordante el atribuir el apagón a la señal Iluminati, pero es menos insólito que presumir que un país que posee los mayores y mejores avances tecnológicos pueda estar tan frágil e inexplicablemente (o mejor, inexplicadamente) sometido a tales riesgos.

Anteriormente hubo otro “Gran Apagón de Nueva York”, del que tampoco se dio una explicación convincente, el 9 de noviembre de 1977. No sé si fue otra clave “Iluminati” pero hay que observar que el uso del apagón como señal de que “el objetivo se ha conseguido”, aunque se anuncia en 1972, está referido a la planificación de la historia a partir de 1980.

La pregunta es, ¿cuál pudo ser el objetivo alcanzado por los Iluminados alrededor del 14 de agosto de 2003?